



término de la guerra, la revolución social estuvo a punto de estallar en la nueva república. La agitación aparecía públicamente en las calles de Praga. Pero Checoeslovaquia es un pueblo de cultura política superior; supo corregir oportunamente los peligros que amenazaban su vida en el momento mismo en que nacía como nación, exaltando un gobierno de inteligencia.

La Constitución que se ha dado es, acaso, la más liberal de todas las de Europa; las reformas legales con que dió término a su problema económico, financiero, industrial y social, le han procurado el máximo de tranquilidad y bienestar compatibles con la crisis actual de los países de Europa.

El solo estudio de las leyes agrarias, de subdivisión de la propiedad territorial y distribución a los pequeños cultivadores, y el resultado real de tales reformas revelan que este gobierno no improvisó ni *inventó* una legislación abstracta o teórica, sino que *descubrió* las necesidades positivas de su pueblo y sus capacidades de organización, sancionándolas e imprimiéndoles la coordinación de un sistema legal.

El pueblo, sin duda, no pedía lo que ha obtenido; pero al pueblo no hay que darle lo que pide, sino lo que necesita. Tal es el sentido honrado del gobierno democrático; lo demás

es anarquía y desorientación demagógica.

Conclusiones y enseñanzas de gran valor derivan del estudio de Luis de Zulueta, político, no en el sentido vulgar del término, sí en el más elevado que don Miguel de Unamuno le concede en alguno de sus ensayos.

Si tiene este artículo de Zulueta un valor de actualidad harto apreciable, no carece de uno más universal y permanente, como paráfrasis de estas palabras, muy dignas de honrada meditación, de Máximo Lerov:

«Abundan los buenos ciudadanos que piden un robustecimiento de la autoridad, un *Gobierno fuerte*... La fórmula habitual no es, ¡ay!, la de un *Gobierno inteligente*.» —A. V.

El problema de la cultura en México.

Es bastante conocido el esfuerzo sostenido y múltiple que los hombres de los últimos Gobiernos mexicanos han dedicado a la solución del problema educacional de su pueblo.

La obra eminente de Vasconcelos es un ejemplo y un hecho que ya se ha ofrecido a numerosos y serios estudios.

Puede señalarse como aspecto principal de esta obra la tendencia nacional o de raza. No, ciertamente, nacionalismo de reacción, imperialismo de bandería política. El verdadero

espíritu impreso en tales nuevas tendencias educacionales, es un afán consciente para determinar los caracteres distintivos del pueblo mexicano, sus posibilidades de cultura y los medios como ha de lograr el desenvolvimiento y perfección de su propio carácter.

El problema racial en México no es el mismo de las demás naciones indo-españolas. Ni el elemento indígena es el mismo, ni lo fué su cultura, ni tampoco lo es su tradición como pueblo, ni el significado de su historia en la vida de América. En un estudio de Humberto Tejera, que comentábamos en estas mismas páginas, se precisaban puntualmente las líneas generales de la formación histórica de México.

Tal es el postulado de que han partido los innovadores.

Lo que la gente de moderno espíritu discute hoy en México, no es tal base de juicio, ni tales propósitos educacionales. Todos están acordes en que se descuidaron casi absolutamente, para mal del progreso mexicano, los elementos indígenas pre-hispánicos que en la cultura material y espiritual habían cobrado notable desarrollo, en natural conformidad con la constitución psicológica de aquellos hombres. Hay que corregir, pues, tales desviaciones; hay que precisar la materia viviente de tales elementos tradicionales, para

refundirla en los moldes de la civilización occidental moderna. Porque ésta es la segunda verdad fundamental: México, como todas las nacionalidades americanas, está incorporado al rumbo general de la cultura europea.

Respeto y formación del carácter particular de su pueblo, en concordancia con las orientaciones esenciales de la civilización occidental: he aquí el plan en que todos los esfuerzos coinciden.

Ahora bien, ¿cuáles son los métodos; qué reformas, cuáles procedimientos técnicos, de detalle, guiarán más propiamente a los fines señalados?

Estamos ahora frente a un problema cuya solución presenta la misma dificultad general de todo fin consciente de la educación. ¿Cómo asir las mil proyecciones en que se dispersa todo propósito que mire a prender la realidad viva de un pueblo? Orientación superior de la enseñanza pública, educación artística, económica, moral; sistema de escuelas, colegios, bibliotecas; selección de los libros que deben difundirse ampliamente entre las clases populares: todo constituye ya materia opinable y divide en cien criterios diversos una misma inspiración primaria.

Respondiendo a una encuesta sobre «los buenos libros», y acerca de este último punto, el doctor Manuel Gamio pu-

blica en la revista de la Secretaría de Educación Pública de su país, *El Libro y el Pueblo* (IV, números 1-3, 1925), un estudio titulado *Los libros útiles para México*.

Criticando la labor realizada hasta aquí, censura el criterio con que se la ha dirigido. Prueba con la fracasada edición oficial de clásicos universales, que no es posible desentenderse del estado actual de la cultura media, al ofrecer al pueblo lectura que le sea de positivo provecho. Cientos de miles de volúmenes pretendieron vulgarizar el conocimiento de Homero, Esquilo, Platón, Plutarco, Plotino, Dante, etc. Esfuerzo y tiempo perdidos. Se requiere una larga y seria preparación previa para alcanzar a comprender las obras superiores del pensamiento. De otra suerte, esta pretensión se convierte en vana pedantería.

Hay que darse a la evidencia; es preciso comenzar por los elementos, piensa el doctor Gamio. «Hay, pues, que editar principalmente libros de vulgarización para las masas lectoras, comenzando por substituir con lenguaje sencillo, ideología sintética e ilustraciones objetivas, los tecnicismos alambicados, la sintaxis de giros forzados y la cansada aridez de las ediciones pretéritas.»

En primer término, es preciso redactar una *antropogeografía* mexicana, que contenga

descripciones amplias de los elementos geográficos, especificación de los recursos naturales explotados y vírgenes, minerales, flora y fauna. Se armonizará la descripción territorial con la clasificación y distribución de los grupos sociales y de raza,—indígenas, mestizos, blancos,—se completarán con el análisis positivo de las tendencias y hábitos, capacidad o deficiencia de aptitudes para la explotación de la zona que cada grupo habita y posibilidad de perfeccionamiento de la vida industrial. «Un libro así abrirá los ojos a todo mexicano y le hará conocer, amar y enriquecer a su patria, más que todos los discursos cívicos que se han lanzado desde Hidalgo hasta estos días».

Falta también un libro de verdadera historia nacional. No de esos que comienzan con el principio del mundo y en un prodigioso salto, se trasladan a los primeros pobladores de América; libros de que el lector sólo conserva el fatigoso recuerdo de algunos nombres de reyes indígenas y una larga y fastidiosa crónica de virreyes coloniales y gobernantes republicanos.

La historia que se reclama es una historia de las experiencias del pasado, de los caracteres capitales de la civilización pretérita, aprovechable como sugestión y ejemplo, por el en-

lace con que la tradición viva la incorpora a la historia de hoy. Una obra que, a la par con la labor realizada para libertar al elemento indígena de la esclavitud económica—que con mayor o menor intensidad cumplieron los últimos gobiernos revolucionarios — traslade al medio educacional el propósito de levantar a la raza de su postración, del desconocimiento de su propia potencia. Cuando esté terminada esta obra de redención económica y moral del indio, llegará éste a perdonar los errores históricos de que fué víctima.

Para la educación técnica del pueblo hace falta también una obra inspirada en un propósito de inteligente nacionalismo. La riqueza del suelo mexicano es tan grande como pequeño ha sido el esfuerzo realizado para explotarla. Sin embargo, a los pobladores del país, particularmente a los indígenas, se les reconocen aptitudes técnicas excepcionales para los menesteres de la industria.

Libros «de primera necesidad» son, pues, las *metodologías industriales*. Sencillos procedimientos, que puedan alcanzar profusa difusión, para la elaboración industrial de las variadísimas especies de materia prima que el suelo ofrece y que hoy están abandonadas o sólo son aprovechadas rudimentariamente, y elaboradas

con instrumentos y métodos arcaicos.

El doctor Gamio trae en su estudio una serie de ejemplos y detalles que ilustran la viabilidad del sistema propuesto y la práctica ejecución de sus métodos.

Hemos creído oportuno hacer un pequeño resumen de sus ideas, porque en ellas van comprendidos problemas de gran entidad y orientaciones generales de solución que no hieren sólo la vida de un pueblo ni son aprovechables exclusivamente por los mexicanos.—A. V.

Significación de Jean Cocteau.

En la revista «Social» de La Habana hemos leído recientemente un interesante artículo firmado por Alejo Carpentier y titulado «Jean Cocteau y la estética del ambiente». Creemos útil darlo a conocer, al menos en sus partes fundamentales, porque ofrece algunos puntos de vista nuevos sobre el importante escritor francés.

Carpentier describe a Cocteau en sus medios familiares y en la intimidad de los corrillos, diciendo: «Cocteau deja hablar y sonríe. Su perfil anguloso, cazado múltiples veces por el trazo cáustico de Picasso, y su silueta revestida de sobria elegancia—ni melena ni tornasoles—, aparecen esporádicamente entre las humaradas de pipas de la *Rotonda*; en la calle